

Carta de una feminista añosa para doblar el tiempo:

*Bella Simone, te hablo
a ti, que es una nueva
forma de decir nosotras*

Panchiba F. Barrientos

panchiba@gmail.com

Pareciera ser que cada vez con más fuerza el lugar, la potencia y la capacidad de las cartas para abrirnos un espacio en el que vivir y pensar con otros es una cuestión que se nos escapa de la experiencia y de lo cotidiano, volviéndose difícil de imaginar y distante, como si hoy la puesta en ejercicio del género epistolar estuviera atrapada entre la romantización del papel y los males de archivo, es decir, reservada únicamente para impulsar nuestra imaginación a la hora de pensar en otros tiempos, distantes del nuestro y acaso ya imposibles.

Hoy los lápices, el papel, los sobres, los timbres, las estampillas y los buzones callejeros, objetos que ocupaban un lugar central en el mundo material de las cartas, son elementos que parecieran estar en extinción. Y pese a que las oficinas de correo siguen teniendo una labor frenética y un rol central en nuestro mundo, lo que movilizan y resguardan sus empleados hoy ya no son cartas -noticias, voces y deseos que viajan plasmados en distintos tipos de papel-, sino paquetes, movilizadas a gran escala por el tráfico incesante de las

compras hechas por internet, que en el Chile neoliberal de trabajadores endeudados y precarizados crece a un ritmo anual del 19% y recauda cifras millonarias.

Las cartas hoy se vuelven referencia de una época desfasada de la nuestra, pues esta que vivimos está atravesada por la preeminencia de la voz, las imágenes y la inmediatez. Las nuevas formas de comunicación, al tiempo que prometen ponernos en contacto con otros barriendo las distancias y las fronteras, organizan, también, los marcos que orientan nuestras formas de estar juntas y los tiempos y los medios a través de lo que eso se vuelve posible.

En el frenesí del aquí y el ahora las epístolas, esquelas y misivas se vuelven anacrónicas y aparecen, en el mejor de los casos, atravesadas por los sentidos de una poco práctica añoranza, apta quizás únicamente para los museos, los historiadores y los enamorados melancólicos. Es probable incluso que algunas de las más jóvenes entre quienes lean esta introducción no hayan tenido la experiencia de recibir o escribir una carta, para ellos, justamente, pero también para los amantes del género y los intercambios epistolares la propuesta de esta Carta de una feminista añosa a Simone de Beauvoir. Desvelos y revueltas de hoy, de Gilda Luongo, probablemente sea, al mismo tiempo, una exploración escritural novedosa, un desafío para la construcción de saberes feministas y una aproximación crítica a las preguntas que surgen cuando nos lanzamos a la tarea de reflexionar acerca de cómo pensamos con otros, qué significa dejarnos tocar y qué es lo que hace falta para construir comunidades feministas.

Recuerdo el día de la lectura en público de esta Carta de una feminista añosa tercermundista a Simone de Beauvoir, era un viernes de mayo. Era el 2019, y la fecha en que se cumplían 70 años de la publicación de *El segundo sexo*. Estábamos en un seminario organizado por un grupo de estudiantes feministas de la licenciatura en filosofía de la Facultad de filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, casi todas las integrantes del comité organizador del evento estaban

en su último año de carrera y habían participado el año anterior de las movilizaciones y las tomas feministas. Ahora ya estaban trabajando en su seminario de grado y algunas presentaron parte de sus trabajos ese día en las distintas mesas que nos convocaron a varias. El seminario fue una fiesta de complicidades. Gilda leyó con un traje rojo fuego y llena de energía. Todas la escuchamos atentas y emocionadas, porque descomponiendo las rutas de lo íntimo para desmontar la linealidad entre las posiciones escritora-lectora, Gilda nos contó sus aventuras con Simone y nos invitó a repensar en los modos en los que nos relacionamos con los autores que leemos y en las formas en que hacemos mundos junto a ellos. Ese día aprendimos que las cartas son una forma de hacer y escribir teoría feminista y que encontrarse es mucho más que mirarse cara a cara.

El texto de Gilda Luongo que tenemos ante nuestros ojos es un desdoblamiento del tiempo y de las formas de encuentro y complicidad a las que estamos acostumbrados al reflexionar sobre las teorías feministas y nuestros modos de vivir y pensar con otros. Es también, por supuesto -por su formato, mecanismos de creación y sus propuestas- un desafío a los marcos que ordenan las normas tradicionalmente aceptadas de producción y circulación de los conocimientos, en el que se nos demuestra que las reflexiones feministas teóricas de hoy y los modos en los que en torno a ellas se construyen saberes críticos, pueden adoptar múltiples formas y surgen desde propuestas diversas que desmontan las obligaciones de los mundos académicos centrados en la productividad; orientadas hacia la competencia; y agotadas en los mandatos del paper.

En esta carta a su amada Simone, Gilda crea con sus palabras las redes y conexiones necesarias para invitarnos a participar de esos encuentros íntimos que ella misma ha recorrido y actualizado, una y otra vez, en sus contactos con la filósofa francesa y su obra. Al comienzo del texto, como riéndose de la posibilidad del anacronismo e insistiendo en

que esta es una carta que no necesita ni espera una respuesta, imagino la mano-letra de Gilda que se extiende atravesando dimensiones para posarse con suavidad a un costado de la cara de su interlocutora, con ese gesto de amor tan propio, que rebosante de cotidianeidad nos abre las puertas de esta carta-ficción que crea un mundo para el encuentro entre mundos. Bella Simone, dice Gilda para comenzar su carta y con esta invocación tiende un puente que cruza por sobre lo que separa nuestro mundo de ese otro, tan vivo y tan inmensamente cargado de resistencias, en el que ella y de Beauvoir se encuentran -como tantas otras veces- para emprender un camino de reflexiones y preguntas que las ensanche a ambas.

Leer a Simone de Beauvoir se transforma, a través de este ejercicio, en un gesto de proximidad y complicidad abierto al diálogo, los desafíos, la compasión y, también, al conflicto. Aquí se nos plantea la evocación de un conjunto de memorias que, en el roce de una convivencia de años y en el recorrido crítico de la obra de toda una vida, acorta y reinscribe las distancias entre el presente y el pasado, abriendo un vórtice que encajado entre dos siglos -el XX y el XXI-, involucra a sus protagonistas en la tarea de desmontar las líneas demasiado rígidas que articulan de manera binaria las ideas de cercanía y distancia; público y privado; intimidad y superficialidad; juventud y vejez; saberes y academia; lectura y creación; norte y sur.

La carta de esta feminista añosa que escruta la vida de Simone de Beauvoir junto a la propia para repensar su presente tuerce el canon de la historia feminista y las jerarquías fijas entre escritura, traducción, lectura y recepción, redistribuyendo el flujo de la voz y la letra en un gesto de inversión que tiende puentes para desandar las marcadas oposiciones desde las que se articulan los imaginarios que hacen los espacios de la teoría y la escucha.

Así, la escritura de este texto rompe la posibilidad de seguir imaginando el tiempo desde una perspectiva únicamente lineal, porque entre anécdotas, memorias y

preocupaciones entrecruzadas, el peso de los cuerpos de las protagonistas de esta carta y de parte de sus mundos cae sobre el espacio con cada letra y cada palabra obligándolo así a plegarse, haciendo que eso que antes estuvo lejos se vuelva próximo y pueda ser pensado desde elementos comunes, aunque sin dejar de lado sus diferencias. Allí donde una no alcanza a mirar y verlo todo, cuando Gilda le reclama a de Beauvoir su blanquitud, su silencio frente a ciertas estructuras patriarcales, su relación con el poder y su esencia a ratos demasiado pulcra, las escrituras de ambas autoras se complementan y parecen desafiarse en la urgencia de poner sobre el papel experiencias dispares.

No se trata ya de decir que una ha fallado en su imaginación del mundo y que la otra construye una mirada más real, más cuestionadora o certera. Lo que tenemos frente a nosotros viaja en una dirección distinta, pues allí donde el diálogo podría clausurarse en silencios incómodos y acusaciones veladas, se abren rutas que -a veces dolorosas y otras incluso alegres o jocosas- reconocen las distancias que hacen a una y a otra, que son al mismo tiempo, físicas, sociales, económicas, temporales y subjetivas. Revisitada por su interlocutora epistolar, que se entrega cómplice y sin miedo a sumergirse ya no sólo en una lectura, sino en una relación afectiva de intercambios y provocaciones ardorosas, la escritura de Simone De Beauvoir alcanza, impulsada por medio de Gilda, nuevos potenciales de revuelta.

Hasta una próxima carta, bella Simone, se despide Gilda, al cerrar su escrito. Usa para hablarle a la filósofa francesa, la misma fórmula tierna y cariñosa que utiliza en el contacto con sus amores terrenales entre abrazos y apapachos. La carta la firma "Te abrazo profunda y querendona, G", porque G -esa letra despreocupada y cotidiana, ubicada más allá de las firmas duras y las marcas de autoría- es signo suficiente para sellar esta alianza feminista transtemporal con forma de carta, a través de la que se nos invita a "pensar/sentir la vida".